

¿Nos ahogamos?



HERMINIO
PICAZO

Quizás sea por falta de memoria climática y tal vez sea que de cuando en cuando llueve mucho durante muy poco tiempo y luego apenas nos acordamos.

O quizás la responsabilidad esté en el cambio climático, que ya muchos especialistas determinan que está detrás del fenómeno de que las lluvias, aunque en conjunto sean cada vez menores, puntualmente sean cada vez más torrenciales.

El caso es que en Alcedúa, en la Comunidad Valenciana, en Cabo de Palos, en el centro de Murcia, en Baleares, en tantos otros sitios mediterráneos, asistimos en estos días –es un decir– a imágenes más propias de las mediáticas inundaciones del sudeste asiático que a las históricas inundaciones mediterráneas que básicamente consistían en que los ríos se desbordaban y lo inundaban todo hasta llegar a la mar, que es el morir.

El calentamiento global –que yo también creo que está en alguna forma en la raíz de los problemas– hay que tomarlo muy en serio. Recientemente el alcalde Miguel Ángel Cámara y la concejala Martínez Cachá han presen-

tado una estrategia local contra el cambio climático para el municipio de Murcia, con un esperanzador catálogo de medidas que ahora toca aplicar a ultranza. También el equipo de Benito Mercader, en la consejería de Desarrollo Sostenible, tiene en marcha un Observatorio Regional del Cambio Climático que trabaja en el asunto, y por su parte el ministerio de Medio Ambiente de Cristina Narbona presentó una estrategia nacional de amplio calado y ambiciosos objetivos.

Poco a poco, pero las Administraciones se mueven por el cambio climático. Se trata ahora de exigir que todas estas medidas sean sinceras y valientes, que estén dotadas con recursos y fuertemente apoyadas por la política, que vayan a las raíces más profundas del problema –como es la movilidad y el tráfico–, y que todos arrimemos el hombro para conseguir bajar la emisión de gases invernaderos y aumentar la ecoeficiencia y el ahorro energético.

Pero en las inundaciones provocadas por las lluvias torren-

tes –cambio climático mediante o no– hay un fenómeno que está clarísimamente en la raíz del problema: la forma en la que ocupamos el espacio geográfico en que nos movemos.

La intensa ocupación del territorio, la extensión de superficies urbanizadas y, por tanto, impermeables, la invasión por edificaciones, infraestructuras y obras de los bordes e incluso de los fondos de cauces, vagnadas y barrancos, está identificada por todos los especialistas como el principal de los factores que hacen que el agua torrencialmente caída no encuentre más sitio de salir que por la propia puerta de nuestros comercios, aparcamientos, calles centrales y casas. Es un problema que resulta urgente abordar a través de la planificación, como la que comienza a hacer la dirección general de Ordenación del Territorio con una reciente norma que obliga a rigurosos estudios de inundabilidad a la hora de hacer urbanismo.

Aquí no habrá inversión ni obras suficientes para paliar el problema cuando en unas cian-

En las inundaciones provocadas por las lluvias torrenciales hay una raíz clarísima: la forma en la que ocupamos el espacio geográfico en que nos movemos



tas horas llueven cuatrocientos litros por metro cuadrados. Ni más capacidad de los alcantarillados –aunque ayudaría– ni más grandes infraestructuras para desviar o retener el agua –aunque también colaboraría– ni mucho más estudio sobre puentes o infraestructuras defectuosas que entorpecen el discurrir de las aguas de avenida por los cauces –aunque, sin duda, es necesario–, ni más tecnología ‘punta’ que probablemente no exista para un problema que cuando se mueve se mueve hacia sus mismismos extremos.

La clave es empezar desde ya a repensar los procesos de urbanización que han sido históricamente bien poco respetuosos con la modificación hidrológica que provoca la ocupación en extenso del territorio. Saber que lo que nos ocurre cuando llueve y nos ahogamos ocurre porque nosotros mismos nos hemos dado ese modelo.

O sea, que cuando llueve fuerte sí que llueve sobre mojado. Y no hay que echarle, ni mucho menos, la culpa al cielo.